

EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa instruida en el juzgado de primera instancia de Novelda contra Antonio Bolo, sobre heridas á José Vallejos y otros y muerte á José Iborra.

(Continuacion.)

«**Y** sin embargo, que esto y no otra cosa parece lo natural y mas arreglado al resultado de la causa, dice el Sr. fiscal que atendidos y comparados los hechos consignados en ambas causas, no encuentra racional fundamento para abandonar la presuncion legal; es decir, que la moral en nuestro caso no la tiene, de que todo hombre obra con plena deliberacion, mientras no resulte lo contrario de pruebas convincentes.

«Pues las mismas y aun menos ofrecia al efecto la causa la vez primera que la examinó S. S., y ni legal, ni moralmente consideró entonces á Antonio Bolo delincuente.

«Pero ¿en qué quedamos, Sr. Esco? ¿Antonio Bolo es loco como se dijo ayer, ó es criminal, y tanto que con razon pueda llamarle el fiscal de S. M. feroz y desalmado hoy? Porque cuando los hechos son los mismos, cuando en nada han variado sus circunstancias, cuando consta ahora mas evidentemente que antes, que Antonio Bolo en el dia 16 de Junio de 1846 se disparó con su propia carabina un tiro, y que de ello milagrosamente no murió, no sé yo cómo ni por qué considera criminal hoy, al que ayer como insensato, como demente lo presentó ante V. E.

«Hoy dice el Sr. fiscal que no está loco, en lo siguiente se funda: *Hasta la época del suicidio, no resulta el menor indicio de perturbacion mental, debiendo considerarse como pruebas positivas de cordura, la licencia de cumplido con buena nota del servicio militar, que obtuvo Bolo un año antes, y el hecho de estar eggerciendo el destino de agente de proteccion y seguridad pública.* Pues bien, señor, si á pesar de que su honrosa licencia, y el destino que desempeñaba, eran pruebas de cordura; si á pesar de no habersele notado indicio alguno de perturbacion mental hasta la época del suicidio, es cierto y bien cierto que él trató de suicidarse; que lo hizo como consta de la causa con premeditacion, pero premeditacion delirante, y que fue en virtud de una funesta monomania que padecia, ¿tiene ahora razon el fiscal de S. M. para creer á Bolo no loco, sino criminal, porque no ha encontrado ninguna circunstancia desde el suicidio acá de que pueda presumirse enagenacion mental? ¿Pues si S. S. reconoce, que no las habia cuando el suicidio, y no obstante confiesa que intentó suicidarse, y que milagrosamente no lo consiguió, y que fue efecto de un violento y

pasajero accidente, porque no ha de confesarse ahora tambien, no en igual caso en verdad, sino en el muy distinto de haber ese antecedente que dijo S. S. digno de toda atencion, y además la lesion que sufrió este hombre en su cerebro al dispararse, causa bastante, sin necesidad de otra, segun los autores para producir una monomanía? ¿Por qué no ha de confesarse, cuando no de otro modo puede esplicarse ese doloroso y misterioso suceso, que basta por sí solo para suspender el ánimo, y hacer dudar á cualquiera que esa causa y las circunstancias del hecho examine?

«Ha dicho el dignísimo fiscal de S. M. en una de sus esposiciones, que, *porque si es cierto que Antonio Bolo padeció una monomanía suicida, tambien lo es que curó de ella, antes que de las heridas que se causó, segun relacion de los facultativos á quienes no quedó ni el temor de que se reprodujera la manía.*

«La sala me permitirá que lea la relacion de los facultativos, para ver si puede deducirse asi de lo que dijeron: *Que la estacion, clima, edad, temperamento é idiosincrasia particular del herido Bolo, le produjo, á no dudar, una monomanía suicida, y en su reaccion lo efectuó, persistiendo ésta, hasta casi su convalecencia, que lo fue hasta los dias últimos de Julio, sin que por esto se pueda decir que vuelva á perpetrar el crimen.*

«¿Y dónde está en esta relacion confirmada la idea del Sr. fiscal, sobre que Antonio Bolo quedó curado de su enagenacion mental, de tal modo, que ni temieron los facultativos que se reprodujese? Yo no la veo en toda ella; pero si se me obligase á que dijera lo que siento, haria presente á la sala, que ha podido tal vez confundirse la enfermedad de que se trata, con los accesos de ella, porque no es lo mismo decir, curó de la enfermedad, cosa en verdad muy árdua, y mas en estas enagenaciones periódicas, que decir: tuvo un ataque, duró tanto tiempo, y pasado éste, volvió el enfermo á su razon, está por ahora bueno. Esto es lo que dicen los facultativos y no otra cosa, porque á habérseles escapado, como lo dice el señor fiscal, hubiérales dicho yo desde aquí, que no saben ó que afectan ignorar la verdadera historia de la monomanía: y lo hubiera probado. Ruego por lo mismo á S. S. que lo medite, y conocerá el mérito de esta observacion.

«Y como añaden, señor, los facultativos, que no por ello puede decirse que vuelva á perpetrar el crimen, el Sr. fiscal ha deducido de ello, pues no os queda temor de que se reproduzca la manía; pero, pregunto yo á los facultativos, ¿puede inferirse de ello que no se reproducirá? Si, contestaran, veria V. E. hasta qué punto es esto insignificante y necio, porque ni de un hombre en quien jamás se haya notado indicio alguno de perturbacion mental puede asegurarse tanto. ¿Quién diria, Sr. Escelentísimo, que de no haber padecido nosotros tal enfermedad, se infiere, hasta el punto de alejar todo cuidado y temor, que no la padeceremos?

«Luego Bolo no quedó curado de su enagenacion mental, aunque lo quedase de alguno de sus accesos. Luego pudo, y era muy natural que se reprodujera, tanto mas, cuanto no solo estos facultativos, sino otros dos, á mayor abundamiento, reconocieron en Bolo un temperamento altamente bilioso, melancólico, predispuesto por consecuencia á la manía. Luego no hay razon alguna atendible para que no se crea que ese doloroso suceso fue efecto triste de la enagenacion mental que á Bolo atormentaba. Si pues S. S. reconoció esta enfermedad en él, cuando al suicidio, á pesar

de lo que se ha indicado; con mayoría de razón debe hacerlo ahora, tanto mas, cuanto no debe ocultársele que esa misma causa de suicidio ha debido ser el motivo de que el letrado director en primera instancia, no articulase los hechos que S. S. echa de menos, por creer, y creer bien, que ningunos tanto como estos prueban.

«Los cuatro facultativos que le reconocieron la noche de la ocurrencia dijeron: *Que el estado mental de Bolo era normal, sin advertir en él ninguna perturbacion por la que se pudiera inferir ningun acto de locura ni de embriaguez, por haberle encontrado muy cuerdo en sus contestaciones.*

«Y bien, señor. ¿Esto prueba algo? De ningún modo; porque no tratamos aquí de esas enagenaciones totales á las que comunmente reservamos el nombre de locura; en nuestro caso se habla de un delirio parcial que estriba por consecuencia en un solo objeto, de esos locos que parecen sanos de espíritu, cuando no se les toca el punto en que desvarían; de esos que sabiendo que sus ideas pasan por extravagantes, conservan bastante imperio sobre sí mismos para disimularlas; de esos en fin de quienes dice el célebre Orfila, que deben ser reconocidos, nótelos V. E. bien, por médicos concienzudos, consagrados muy especialmente al estudio de las enagenaciones mentales; y estos médicos de que habla tan distinguido profesor, tengo para mí, que no son los de Novelda.

«Y prueba de que no lo son, Sr. Esmo., es la poca prudencia y tino con que aquellos facultativos reconocieron á Bolo, dando con ello lugar á que apercibiéndose del motivo de sus investigaciones, disimulára las razones imaginarias que arreglaron su conducta; cosa que debieron evitar con cuidado extremo, si querian descubrir el motivo verdadero de ella. Y siendo así, que sin estas y otras precauciones tan recomendadas y necesarias procedieron los facultativos. ¿Ha de creerlos V. E. porque digan que Bolo estaba en su estado normal, y que lo estaba, porque contestó bien á lo que se le preguntó? ¿Ha de creerlos V. E., cuando no dicen si descubrieron en él, si hicieron algo por descubrir algunos de los síntomas que caracterizan de la locura? El semblante, señor, de los que la padecen es generalmente pálido, su mirar airado, el pulso fuerte, el aire del cuerpo es abatido ó violento. ¿Qué signo de todos estos observaron en Bolo los facultativos? No se sabe: ¿por qué no lo dicen? ¿Qué otros dejaron de advertir en él? Tampoco se sabe, que no está ni siquiera indicado, cuanto menos espreso como debia en sus relaciones. Luego si ha de creérseles cuando manifiestan que lo encontraron en su estado normal, ha de ser por la sola y despreciable razón de que contestaba bien, y nada mas.

«Pues si todo eso es, Sr. Esmo., aunque no soy médico, me parece que lo haria yo tambien: preguntaria al paciente; *¿cómo te llamas? Fulano:* bien contestado. *¿Cuánta edad tienes? treinta años.* Conforme. *¿De quién eres hijo? de mi padre:* tiene razón, no es menester más, no estás loco, pues has contestado divinamente.

«¿Y qué mas han hecho ni dicho los facultativos en nuestro caso? Luego no es menester ser médico para reconocer á un hombre enfermo de juicio; que es el mayor disparate que puede decirse, y sin embargo se infiere, porque basta que se sepan apreciar como oportunas sus contestaciones; y esto cualquiera sabe hacerlo.

«Vea V. E. ahora cuán poco vale ese dicho de los médicos en que tan confiadamente se apoya el Sr. fiscal. Vea V. E. como sino hubiera yo

sido mas amante de la justicia que celoso defensor; hubiera podido prevenir al reo, y protestando que habian llegado á mi noticia ciertos hechos, solicitado hubiera que se reconociese de nuevo por aquellos facultativos á Bolo, y prevenido éste, como he dicho, hubiera contestado á sus preguntas con el mayor desacierto, y entonces Antonio Bolo hubiera sido para ellos otro hombre; un loco, porque contestaba mal á lo que se le preguntaba.

«Luego nada vale ese dicho de los facultativos, y de aquí la razon, porque con todas mis fuerzas, aunque débiles, sostuve la necesidad, la precision de que la academia de medicina y cirugía reconociese á Antonio Bolo, para que V. E. se penetrase, aunque no creo que lo necesite la sala, de la ligereza con que aquellos médicos declararon, cuando se trataba de tan difícil enfermedad, de lo infundado que presentaron su parecer, cuando iba en ello nada menos que la vida de un hombre. Pero como el Sr. fiscal fuertemente se opuso al reconocimiento, como creyó que no podia tener obgeto alguno, la sala se sirvió denegar mi solicitud, firmemente creo, que para perdonar á Bolo, otra cosa no cabe en el hermoso y piadoso corazon de V. E.

A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

Los cuatro nuevos personajes ocuparon sus asientos sin pronunciar una palabra. Permanecian embozados en sus capas. Uno de ellos fue el primero que descubriéndose, dijo:

--El tiempo urge, señores. Empecemos nuestras tareas cuanto antes.

--Sea en buen hora, añadió otro.

Y D. Hipólito habló en los siguientes términos:

--Bien sabeis, amigos mios, que há tres años concebimos el pensamiento de dedicarnos al comercio; pero como se ofrecian dificultades para obtener en corto tiempo crecidas ganancias, nos convenimos en indagar cómo podriamos descubrir la piedra filosofal. Echamos mano para ello de cuantos recursos nos sugirió el magin, y al fin encontramos el secreto: cual sea éste no creo del caso manifestarlo. Basta que hayan correspondido los resultados, y toquemos ventajas positivas. Nada importe por otra parte que hayamos apelado á medios violentos explotando las necesidades de nuestros semejantes: los resultados han coronado nuestras esperanzas. En el corto tiempo que caminamos de comun acuerdo, han entrado en caja sumas de consideracion. Bien puede decirse, señores, que nuestra casa ha sido un banco. Cantidades dejadas á muy altos intereses, garantidas por firmas respetables, oro, plata, alhajas, todo en fin lo que tenia valor ha sido cambiado á metálico, produciendo este cambio ganancias considerables. Pero, no es tiempo ya de dormirnos sobre los laureles de la victoria, como diria un general arengando á sus tropas. Tengo noticias de que nos van siguiendo la pista, y como para seguir adelante en nuestra empresa es preciso valernos de personas estrañas, creo oportuno de-

ciros que opino hacer punto redondo, para que en adelante cada cual se maneje como mejor sea de su voluntad y gusto.

--Buen pensamiento, dijo uno.

--Escelente, repitió otro.

--Aprobado, contestaron todos.

--Entonces, pues, continuó D. Hipólito, vamos á practicar la liquidacion.

Esto diciendo, dejó sobre la mesa el libro de memorias, se puso los anteojos, y añadió:

--¡Ea! señores, aquí está el gran libro.

Y dió al mismo tiempo una palmada sobre las tapas.

Todos los circunstancias fijaron sobre él una mirada semejante á la del tigre cuando contempla cerca de sí la presa que amenaza devorar.

--Leamos, prosiguió D. Hipólito.

Y con voz firme se disponia á emprender la lectura, cuando se oyeron pisadas en la escalera.

--¿Habeis oido? dijo uno.

--Gente se acerca, añadió otro.

--Nada temais, añadió D. Hipólito, que recordó en aquel momento lo que le dijo la vieja Estefanía.

Apenas hubo dicho estas palabras, se oyó la voz de la vieja que con la mayor humildad pedia permiso para entrar.

--Adelante, se apresuró á decir D. Hipólito. Pero como éste no contaba con la huésped, como vulgarmente se dice, se quedó estupefacto cuando vió con efecto que Estefanía decia:

--No tengas miedo, hija mía, entra, todos son grandes señorones, y....

--No tengo valor, señora Estefanía, contestaba otra voz desde fuera, la cual no era otra que la de Inés.

--¡Dos mugeres! dijo uno levantándose de la silla: esto es traicion.

--Tenga V. calma, contestó D. Hipólito, son nuestras.

En este instante se presentó la vieja, llevando de la mano á Inés.

Admirable contraste formaba esta pareja. La vieja pálida y haraposa, con su mano descarnada y fria, tenia fuertemente asida la de aquella jóven hermosa, y vestida con cierta elegancia, que hacia resaltar mas su hermosura, lo pálido de su semblante y la humedad que habian dejado impresa en sus ojos las lágrimas que habia vertido pocos momentos há. Al ver esta pareja, que la una porfiaba por entrar, y la otra pugnaba por salir, se hubiera creido ver á la muerte, intentando arrebatár á la tierra uno de esos seres destinados por la Providencia á derramar la felicidad por todas partes.

--¿Qué pretende esta niña? dijo uno de los cuatro que habia guardado hasta entonces el mas profundo silencio.

--Esta niña, señores, contestó la vieja con tono resuelto, es mi ahijada, es la perla que buscamos, y que no ha sido fácil encontrar hasta ahora. Miradla, ¿no es verdad que es muy hermosa?



CUATRO COSILLAS QUE PARECEN VERDAD.

Que el amor y la amistad son sentimientos de lujo afirma un poeta moderno, y en verdad que no procede con demasiada ligereza al opinar así: el amor, ese sentimiento que endulza y ennoblece el corazón del hombre, le purifica y ensalza, le anima, santifica y robustece, le dá luz y vida, por él, y para él que se vive; ha perdido la pureza que constituía uno de sus mas bellos atributos, ha degenerado de su primitivo ser, cuasi se ha estinguido.

El tiempo pasa, y con él adquiere el hombre nuevos conocimientos; la experiencia le enseña lo que es y lo que fue; preséntale un mundo diverso del que pasó; distintos principios predominan en él; bullen en su imaginación ideas que ya murieron é ideas que comienzan á vivir; todo es grande, todo sublime, todo sorprendente. Lo antiguo y lo moderno: violenta pugna se agita entre el pasado y el presente; en ella triunfa unas veces la razón, otras el sofisma, la verdad ó la mentira, la virtud ó el vicio; sensaciones varias se notan en ese insondable océano que la civilización alimenta; véñse luchar tiernas afecciones con infames seducciones y viles intereses ¿quién vencerá? ¿el amor, la especulación, la conveniencia ó el orgullo?...

Nada más común que oír á una madre al ser interrogada por el prometido de su hija; nada mas común, repito, que oír la contestar: «*Es un jóven apreciable, de excelentes cualidades, pero pobre.*» ; Miserable condición del corazón humano! Conócese desde luego por la última parte de esta contestación la aceptación forzosa que caracteriza la oferta por la madre admitida; ¿qué poderoso agente la ha impelido á efectuarla? ¿será acaso la falta de otro que reúna dicha circunstancia?... A innumerables y luminosas reflexiones dá origen tan gratuita como atrevida suposición, como algunos la creerán; mas corramos un velo sobre esta materia harto delicada para tratarse en un artículo de periódico, pues aunque no es su objeto otro que pintar fiel é imparcialmente las costumbres dominantes, tipo verdadero de la actual civilización, con todo, pudiera herirse la susceptibilidad de alguno que otro prógimo, á quien quizá pueda acusarse de este desliz. Abandonemos pues tan peligroso terreno, y penetremos en el inmediato, no menos fértil y abundante, y en el que sin temor de sufrir reconvenciones injustas, podremos, con la luz de la verdad, y con la fuerza de una íntima convicción, descubrir los defectos de que se halla plagado.

Mírase un jóven, rendido amante, prodigar tiernas caricias á la virgen de su amor, y en tan deliciosa abnegación olvidar el lastimero estado en que se halla: al contemplarlo en éstasis tan celestial, créese que todos sus afanes y deseos se consagran á lograr el venturoso instante en que el Dios de amor encienda en los altares las lucientes teas que terminen sus pesares; todos juzgarán al observar su rostro pálido, su mirada triste, su porte distraído, su caminar pausado, que son síntomas seguros de los crueles efectos producidos por la funesta pasión que sus entrañas lacera; mas por desgracia se equivocan; ellos no son mas que vestigios repugnantes de vicios pasados, cuyo origen proviene de la mortal gangrena que corroe el

corazon de la moderna sociedad: empero ¿será verdad su amor? ¿serán ciertos los sentimientos que ostenta? fijémonos en las cualidades morales y físicas de su futura; ellas serán segura norma que decidirá nuestro juicio; inspeccionémoslas con detenimiento é imparcialidad, y observaremos que de tan prolijo y concienzudo exámen, resulta solamente que es.... rica.

Rehuyamos empero de apuntar ideas generales, y penetremos por un momento en la tras-tienda de una botica, cuyo local sirve para la diaria y permanente tertulia de los desocupados de todas edades y estados: en ella encontraremos á D. Salustio entretenido en mofarse del inocente y envidiable amor de Félix, jóven de recomendables circunstancias; una negativa absoluta es la sola contestacion que obtienen sus importunas interrogaciones. Félix se afana por ocultar su amor, porque cree fuérale perjudicial una revelacion, la mas ligera sospecha; mas su rostro le es infiel, sus diversas trasformaciones manifiestan sus secretas emociones; observa vanos sus esfuerzos, y no duda en publicar su amor.

--Sí, sí, la amo, la adoro, exclamó.—¿Con que la ama V.? replicó Don Salustio, ¿cuál es, pues, el obgeto que V. se propone?

--Ser feliz.

--¿Y en qué funda V. su futura felicidad?

--¿En qué? En la posesion de su amor.

--Alabo el escepticismo: un jóven como V. debe aspirar á mas, á la mano de una jóven, que á su natural donaire, reuna la consideracion que presta un pingüe patrimonio.—¿Pues qué, interrumpió Félix, se han de sacrificar las afecciones mas tiernas del corazon al vil interés?

--Esa es la verdadera civilizacion, contestó su interlocutor con la sangre fria de que es susceptible un hombre que se propone ridiculizar las acciones de otro.

--¡El oro! interrumpió. ¡Este es el tipo de la verdadera civilizacion! los principios de esta, pues, sancionan la corrupcion; ellos recomiendan el matrimonio como medio de especulacion; ellos quieren, que despreciando los sentimientos mas generosos del corazon, les convirtamos en obgeto de tráfico vil; ellos en consecuencia autorizan el mal mas pernicioso, mas detestable, por cuanto nos fuerzan á comprar con el oro en que hemos vendido nuestro amor, la satisfaccion de un deseo, que yerto y frio el corazon de la muger, escita y promueve, empero no sacia.... ¡Ah! esto es horrible, inhumano, y en tan deplorable estado, abandonó aquel recinto, maldiciendo el momento en que pensó á él dirigirse.

--¿Ha oido V. como se esplica el señorito? preguntó D. Salustio á Don Policarpo, que cual los demas concurrentes, habia permanecido espectador mudo de la escena que acababa de pasar.

--El pobrete pertenece al siglo pasado, contestó.

--Vaya, vaya, qué enamorado está el pobre mozo, añadió otro.

--El recibirá el pago, continuó D. Salustio. Y V., D. Policarpo, ¿cuándo se casa? ¿No se anima V.?

--Estoy animadísimo, replicóle, pero justamente no encuentro lo que me conviene, y es una muchacha rica, riquísima, aunque sea fea y gazona, y....

--Pues hombre, oye V. con provecho las indicaciones del amigo Félix.

--No soy de su opinion, sigo el sistema de los positivistas.

--¡Hola, hola! ¿es V. partidario del positivismo?

--¿Positivismo? preguntó uno de los concurrentes, como dudando fuese efectivamente esta la palabra que D. Policarpo pronunció.

--Positivismo, sí señor, positivismo: ¿ignora V. acaso lo que es positivismo?

--Sí señor, confíesome lego en la materia, ignoro lo que es *positivismo*, *comunismo*, *socialismo* y otros muchos de los acabados en *ismo*, como....

--Vaya, vaya, no entremos en esplicaciones que puedan ilustrar á Don Pantaleon, dijo D. Cirilo, otro de los contertulios, marchemos al café á saborear un par de copas que ayuden la digestion, á cuya insinuacion pusiéronse todos en movimiento, dejándoles nosotros continuar en su proyecto, hasta encontrarles reunidos otro día en la botica.==C. M. B.

POESIA.

EL VALOR DE LAS LAGRIMAS.

¡A vous, la couronne de fleurs!

¡A moi, la couronne de épines!

Victor Hugo.

Ayer suspirar te ví,
Y llorar te ví despues;
Si te lamentas, Inés,
¡Ay! ¿qué dejas para mí?
Tú que sabes derramar
De tus ojos esas perlas,
Ven á enseñarme á verterlas....
¡Feliz quien puede llorar!
¡Lágrimas! ¡calmante son
Para un tormento cruel!
¡Mis lágrimas son de hiel
Y las guarda el corazon!

Jamás perdiste la calma:
Penas y dolor ignoras;
¡Dichosa tú porque lloras
Sin que lo sepa tu alma!

Tú has aprendido á fingir,
Y yo he aprendido á penar;
Enséñame tú á llorar,
Yo te enseñaré á sufrir.

Lloras una amante queja,
Y apenas hallas consuelo,
Brillan tus ojos, cual cielo
Que entre nubes se despeja.

Las lágrimas ¡ay! arrasan
Con tanto sufrir mis ojos,
Y con su fuego, ya rojos,
Al desprenderlas se abrasan.
Lanzo al aire mi lamento,
Y llorar no puedo en tanto....
¡No llores, porque es tu llanto
La burla del sufrimiento!
Yo sé sufrir sin gozar:
Sabes gozar sin sufrir;
Sabes llorar sin sentir:
Yo se sentir sin llorar.

¿Buscas ensueños de amor?
Te encanta amor y seduce,
Y amor solo me produce
Un continuo torcedor.

El jardin te brinda flores,
Astros brillantes el cielo,
Te dá la brisa consuelo,
Y el iris limpios colores.

Me roban las flores bellas
Con su frescura su olor,
Y me roban su color
El iris y las estrellas.

¡Irés, las lágrimas, di,
¿No debo verter á mares?
¡Son tan grandes mis pesares!
¡Todo es negro para mí!
Tú que sabes derramar
De tus ojos esas perlas,

Ven á enseñarme á verterlas....
¡Feliz quien puede llorar!
La senda que yo caminas
Mas lucimos en amores,
Tú, una corona de flores,
Yo, una corona de espinas.

Teodoro Guerrero.

Madrid, = {849.

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Burda de la Caste.

PRIMERA PARTE.

(Conclusion.)

Felipe pensaba en quién podría ser aquel fraile que caminaba junto con Clopin, y qué motivos le obligarian á preguntar tambien por él.

--¿Quién puede ser ese fraile? decia, y ¿por qué él y Clopin me buscan con tanto ahinco? ¿qué ha podido suceder en París desde que yo salí? ¿Acaso se ha descubierto quiénes fueron los que asesinaron á Marancy, y alguno de ellos me ha acusado á mí, y Clopin va en busca mia para decirme que me vuelva á Madrid ó que me esconda en Francia? ¡Oh! ¿quién sabe lo que ha podido suceder? pero ¿por qué ese fraile acompaña á Clopin, y se interesa por mí?

Al llegar aquí, Felipe comenzaba á recapacitar y á buscar en su memoria algun antiguo amigo que hubiese tomado el hábito; pero por desgracia y para mas apurar su situacion, recordaba claramente que jamás habia tenido ningun amigo que hubiese entrado en ningun convento, y asimismo no guardaba idea de haber visto jamás entrar en su casa á ningun hombre con hábitos mientras habia permanecido en París.

Así iba discurriendo mientras cruzaba rápidamente el camino, y mientras con cierto temor fundado en las razones espuestas, iba corriendo hácia París. La noche no era completamente clara, la luna se escondia á veces entre las nubes que rodaban por el firmamento, y entonces la oscuridad obligaba á Felipe á tirar las riendas de su caballo, temiendo el caer y verse tal vez obligado á detenerse en medio de un camino desierto, en el que no se descubria ni una venta, ni una choza, ni un sitio desde donde pudieran oír sus voces si necesitaba darlas; pero en cambio cuando la luna se desprendia de entre las nubes y estendia sus brillantes rayos, alumbrándolo todo, hacia sentir al caballo el acero de sus espuelas, y volvía otra vez á estenderse como un galgo, arrojando columnas de humo por sus ardientes narices.

Media hora despues cruzó Felipe las calles de un pueblecito, y como vió abierta la puerta de una posada se detuvo allí.

--Hola, dijo el posadero acercándose á Felipe que acababa de desmontar de su caballo, muy tarde venís: ¿habeis caminado toda la noche? debeis estar reventado: el caballo suda mucho: pobre animalito, bien necesita descansar.

Felipe detuvo su caballo de la rienda, en el momento que conducido por el posadero, iba á echar á andar en direccion á las cuadras.

--¿Cómo? preguntó el dueño de la posada clavando sus dos ojazos grandes y saltones en el viagero, ¿no quereis que tome un pienso?

--No.

--¿Pues entonces qué me mandais?

--A vos, nada.

--Y Felipe dió la espalda á su interlocutor, el cual se dirigió á la cocina murmurando: mal humor gasta.

--Buen hombre, dijo Felipe acercándose á uno de los que acababan de arribar á la posada, el cual miraba como dos mas que por sus trages parecian criados, estaban descargando dos caballerías.

--¿Me llamais á mí? preguntó el hombre en francés.

--Sí, á vos, contestó Felipe en el mismo idioma: ¿vos venís de Francia, no es verdad?

--Sí, ahora acabo de llegar.

--¿De qué punto venís?

--De muy lejos, de París.

--De París, bien; y decidme ¿qué ocurre por allí?

--Nada, señor, nada de notable.

--Se dijo por aquí por España, que habia sido asesinado el duque de Marancy.

--¡Ah! sí, pero eso sucedió hace un mes.

--¿Y no se ha podido averiguar quiénes fueron los asesinos? trabajarán mucho para dar con ellos.

--¡Oh! eso sí, el mismo rey está empeñado en cogerlos: dicen que van á castigarlos terriblemente. Tambien se decia por París la noche anterior al dia de mi salida, que se habia prendido á un tabernero, y esperaban todos que él haria grandes descubrimientos.

--¿A un tabernero? contestó Felipe poniéndose pálido: ¿y no sabeis su nombre? añadió con ansiedad.

--No, eso no lo sé.

--¿Sabeis por ventura en qué calle vivia ese tabernero?

--Tampoco.

--¿Tal vez recordeis el título de su taberna?

--Menos.

--¿Pero sabeis de positivo que lo prendieron?

--¡Oh! eso sí.

Felipe guardó silencio durante algunos minutos, y en este tiempo su interlocutor dió algunas órdenes á sus criados.

--Caballero, dijo despues que hubo acabado de dar sus disposiciones, ¿se os ofrece alguna otra cosa?

--No, no, nada mas, contestó Felipe volviendo en sí.

--En ese caso, quedad con Dios.

Dicho esto Felipe montó á caballo, y sin hablar una palabra, salió de la posada corriendo.

Una hora despues, Clopin que corria á alguna distancia detrás de Felipe, le dijo al fraile en voz baja:

--Padre, me parece que allá delante va uno á caballo.

--Silencio: es él, contestó el fraile, cuya penetrante vista habia descubierto y reconocido á Felipe que caminaba bastante de prisa.

--Padre, ¿y si nos pregunta algo?

--No se le contesta: poned al galope vuestro caballo y no paremos hasta que le llevemos un cuarto de ventaja.

Dicho esto, los dos caballos sintieron penetrar en su pellejo el agudo acero, y se lanzaron como rabiosos por el largo camino que se estendia ante sus ojos.

--¿Quién va? preguntó Felipe cuando vió pasar por junto á sí á aquellos dos personajes que con tanta velocidad caminaban; pero su pregunta no obtuvo ninguna contestacion: los caballos siguieron galopando, y los caballeros no se dignaron ni aun volver la cabeza para mirar á Felipe, el cual corria detrás de ellos, pensando en quien podrian ser los nocturnos viajeros. Su caballo no era tan bueno, y la ventaja que tomaban era grande.

--Por fin le hemos pasado, dijo Clopin, cuando despues de haber vuelto la vista hácia atrás, ya no distinguia á nadie en el camino.

--Sí, y ahora voy otra vez á ponerme mis hábitos, contestó el fraile deteniendo su caballo.

Clopin detuvo tambien el suyo.

--Padre, yó os aconsejaria una cosa.

--¿Qué? ¿alguna extravagancia?

--No, padre, os aconsejaria que no os pusieseis esos hábitos. Sin ellos estais hecho un buen mozo, un completo caballero.

--¡Tontería! dijo el fraile atándose el cordón á la cintura.

--Es una lástima que un hábito cubra ese cuerpo tan galan.

--Luego quereis que no os llame necio.

En el tono con que el fraile pronunció estas palabras, y en el silencio que siguió despues, se dejaba entrever el respeto que aquel egercia sobre el parroquiano de la taberna de Miguel Turquant.

Segunda vez los caballos partieron á galope.

Felipe los seguia á bastante distancia, distancia que iba aumentándose progresivamente, y que le hacia desesperar de alcanzar á Clopin y su compañero, los cuales por su parte corrian tanto, que arribaron á Paris seis horas antes que Felipe.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LICEO.

Antes de principiar nuestro trabajo de dar un resumen de las funciones que se egecuten en esta corporacion, tan estensamente como lo permita el reducido espacio de que podemos disponer en el periódico, creemos

oportuno el adelantar una consideracion, á fin de que nuestros lectores comprendan la buena fè que ha de guiar siempre nuestra pluma, sin que la consideracion de compañerismo sea bastante causa para hacernos tributar elogios á quienes creemos que no se los otorga la justicia. Alentar con nuestros débiles aplausos cuando los juzguemos merecidos á la juventud aplicada, que trabajando en las diferentes secciones, procura en cuanto le es posible, el mayor engrandecimiento del Liceo, es un deber nuestro, no ya como miembros de tan distinguida sociedad, sino solo como periodistas, porque obligados estamos á suministrar nuestro escaso apoyo al estudio y á la aplicacion.

Y sin embargo, ni aun en esto seremos pródigos siquiera, porque no se nos tilde de parciales, para que no se diga que el espíritu de corporacion nos arrastra y nos alucina. Simples narradores, ni nos permitiremos entrar en el terreno de la crítica, ni nos estenderemos á mas que esponer lo que ofrezcan las funciones de mas notable. Arido es por cierto nuestro trabajo, pero el único que creemos nos sea lícito en la posicion en que voluntariamente nos hemos colocado.

Hechas estas salvedades, que nos han parecido indispensables, vamos á hacernos cargo de la última funcion que dió la seccion de declamacion, poniendo en escena la ventajosamente conocida comedia *D. Francisco de Quevedo*, á cuyo juicio crítico no nos atrevemos por no repetir lo que sobre ella han dicho otras mas bien cortadas plumas. La escena estuvo perfectamente servida, y nos admiró la propiedad de las decoraciones. El salon concurridísimo, dejándose ver algunas bellezas, cuyas dulces sonrisas hicieron conmovér á mas de un corazon.

El Sr. Guerra, notablemente conocido por sus talentos dramáticos, desempeñó tan cumplidamente el papel de protagonista, que oyéndole nos pareció que oíamos al célebre Quevedo, cuyo carácter nos pintó con admirable propiedad. El Liceo, correspondiendo á la galanteria del señor Guerra, y conocedor de su talento nada comun, le ha concedido el título de sócio de mérito. Esto y los repetidos y entusiastas aplausos que obtuvo de una escogida reunion, son recompensa sobrada para su alma de artista. El sócio D. Antonio Villegas estuvo admirable en su papel del Conde-Duque de Olivares, y en las maneras y diccion nos dió á entender perfectamente el carácter que atribuye el poeta al favorito del rey. La señora de Llácer estuvo felicísima en el desempeño de su difícil papel, hasta un punto tal, que nada nos dejó que desear; y buena prueba de la justicia de nuestro juicio fueron los elogios que debidamente se le tributaron, llenando tambien su parte cual le cumplia la señorita Doña Cayetana Sanchez.

Todos los demas sócios que tomaron parte en la funcion, como tuvieron á su cargo papeles secundarios, no pudieron mostrarnos sus facultades en el difícil arte de la declamacion, y solamente podemos decir de ellos que nos dejaron satisfechos.

Para dar una prueba de la franqueza de que hemos hecho alarde al principio de este artículo, en el número inmediato nos atreveremos á estampar humildemente nuestra opinion sobre las mejoras de que es susceptible el Liceo, pues aunque se encuentra, y tenemos una singular complacencia en reconocerlo, en un estado brillante, gracias á los esfuerzos de

su junta directiva y muy especialmente de su dignísimo presidente, creemos que falta todavía algo para llegar á producir esta institucion, todos los resultados que promete el artículo 1.º de su reglamento.

VARIEDADES.

Hemos tenido el gusto de leer el semanario de literatura que se publica en Alicante, con el título de *Los hijos de Eva*, y bajo la direccion literaria de D. Ventura Ruiz Aguilera y D. Agustin Mendia. El público valenciano ha tenido ocasion de juzgar ventajosamente las obras que han dado á luz los directores del periódico enunciado; y sabe que sus nombres son la mejor garantía de recomendacion para el mismo. Poesias bellisimas, artículos de historia de la mayor importancia, enlazados á la solucion de cuestiones filosóficas, para conocer el adelantamiento y marcha intelectual y política del mundo; cuadros de costumbres, novelas, y cuanto puedan desear los aficionados á la lectura amena é instructiva, todo ello se ve en *Los hijos de Eva*; los escritores mas notables de la corte contribuyen á su redaccion, y por consiguiente, es dicho semanario de lo mas ilustrado que se publica en España. Llamamos, pues, la atencion de nuestros suscritores hácia la publicacion de los Sres. Aguilera y Mendia, seguros de que quedarán complacidos con su lectura.

Un nuevo descubrimiento se ha divulgado en Novelda (provincia de Alicante) y que promete dar resultados felicísimos en la divertida caceria de ánades y demas pájaros de Albufera: los inventores D. J. B. y D. J. B. se sumergen en el lago, permaneciendo largas horas como una rana en su elemento; con tal paciencia y resignacion conseguirán calmar la esquiziz de los volátiles, para que por el tiempo se acerquen sin temor á los diabólicos cazadores que yacen en inmóvil posicion, y con la cabeza tan solamente fuera de las aguas para no hacerse temibles; cuando los pájaros se amansen esperan sacar un buen partido cogiéndolos á dos por tres de las patitas; de este modo extinguirán la raza de los ánades: por ahora siguen los pájaros espantadísimos, pero con la paciencia todo se alcanza: anunciaremos el resultado de este experimento verdaderamente singular.—F. G.

REMITIDO.

Señores redactores del *Eco literario*.—Muy señores míos: Suplico á VV. tengan la bondad de dar cabida al siguiente escrito.

En el núm. 16 de su apreciable periódico se lee un artículo referente á la ligadura de la arteria iliaca esterna, el cual está en oposicion con otro que tuvieron VV. la bondad de insertar en el núm. 12 del mismo.

Esta operacion de la ligadura la llama el comunicante caso grave y ruidoso, la supone acompañada de crueles tormentos, la califica de terrible, estemporánea y perjudicial, segun el dictámen del doctor Zuriaga, y niega por consiguiente el que todos la considerasen como medio único de salvacion, y ridiculiza el que yo afirme que se haya tenido por impracticable por alguno de los profesores, y concede por fin el derecho de prioridad al difunto doctor Cortada. Hé aquí, si mal no he comprendido el artículo, los puntos capitales á que debo contestar.

Dice V., señor espectador, que no cree que el artículo inserto en el núm. 12 se haya escrito con intencion de dañar á nadie; por lo que veo que V. tambien escribe sin ánimo de dañar. En este parrasito descubre V. todo su candor, por lo cual merece se le prodiguen los mayores elogios; y crea que no lo digo por adularle. Sin embargo, convendria que V. no fuese tan sencillo, porque en estos pícaros tiempos no faltará quien le diga, que escusa no pedida es acusacion manifiesta.

Dice V., señor comunicante, que es hijo entusiasta de la escuela. Cuidado, amigo mio, cuidado con el entusiasmo, que puede llegar á ser una pasion dominante, y ya se acuerda V. de lo que nos esplicaba el padre, cuando éramos mozalvetes, y que nos decia que las pasiones todas indistintamente son malas, lo mismo el orgullo que la envidia, el odio y la vanidad, etc. Suplico á V., que si lo tiene á bien, se sirva manifestarme ¿por qué dice y hace decir al doctor Zuriaga que la operacion es terrible y acompañada de crueles tormentos? El language de V., amigo mio, horripila.... ¡Maldito entusiasmo! Al oir el adjetivo terrible y crueles tormentos me estremezco, porque sin duda en la clinica se egecutó una parodia de la tortura de los santos mártires; y mientras la infeliz víctima eleva en vano sus clamores hasta el cielo, el uno amarra, el otro tira, aquel clava, esta corta, aquel desgarrá. ¡Padres de la escuela, que con vuestro asenso y con vuestra presencia autorizasteis el acto, guardéos Dios de hijos entusiastas! Y vos, maestro Torres, que en premio de vuestros afanes recibisteis el nombramiento de vice-decano, bien podeis llorar si teneis ojos; vos fuisteis el autor, vos el presidente, por vos se hizo, sin vos nada hubiera sido. Vuestras glorias, pues, con este hecho han desaparecido, como á arista que consume el fuego. Y vos, amable Romagosa, ¿cómo pudisteis pasar de vuestra natural blandura á las crueldades de un ciego y sanguinario sayon? Eso os diriamos sino os conociésemos, sino hubiésemos presenciado el acto.

Mas permitidme que me dirija al hijo entusiasta, y que en prosa lisa y llana le pregunte: compañero, la verdad sea dicha: ¿V. estuvo en la operacion? Séame franco. No me tuerza el hocico. Al enfermo ni se le hizo inspirar el éter ni el cloroformo, ni se le administraron ni aplicaron narcóticos, ni cosa que lo valga. ¿Oyó V. un solo lamento, un solo grito que arrancára la violencia del dolor? Si dice V. que sí, me estremezco y horripilo de nuevo, y confieso que mas de cien espectadores estábamos en pecado mortal. Nada oimos. Mas me consuelo con la consideracion, de que no siendo V. santo, tampoco oiria nada. Sáquenos V. pues de duda, y evitenos el cilicio, la ceniza y el saco que estamos prontos á vestir. Deseára ademas se sirviese V. decir, ¿por qué V. y el doctor Zuriaga han calificado la operacion de terrible? ¿Tan imponente, tan trágico era aquel aparato? ¿Fue acaso porque la sangre y la vida saliesen á borbotones

por la herida, ó por los grandes destrozos que la impía y cruel cuchilla hiciera sobre la desgraciada víctima? Nada de esto. Apenas se perdieron dos onzas de sangre procedentes de los ramitos de la vena y de la arteria sub-cutánea abdominal, en términos que la hemorragia se contuvo por sí sola sin necesidad de ligadura. Destrozo tampoco hubo, pues solo se practicó una incision de tres pulgadas en la piel y músculos del vientre. Pues si apenas se quejó el enfermo, sino hubo los gritos, quegidos, lloros, súplicas é imprecaciones que arranca el dolor; sino hubo pérdida de sangre, pues el bisturi del Sr. de Romagosa sabe caminar seguro entre los vasos; sino hubo destrozo, ¿cómo tiene V. valor para decir y hacer decir al doctor Zuriaga que quiso evitar á aquel desgraciado los crueles tormentos de una operacion terrible? Si V. nos dijera que la operacion es difícil y delicada, y que no es operacion para todos los profesores que tienen el título de tales, dijera V. una verdad.

Dice V. que los resultados han confirmado la opinion de D. Agapito. ¿Cómo puede V. decir eso? Si cabalmente los resultados.... ¡Ah! ya caigo.... ¡Picarillo! ahora sí que me tiene V. pegadito á la pared. ¿Cómo se acuerda V. de las lecciones que nos daba el padre, sobre el *post hoc ergo propter hoc*. *Cum hoc, ergo propter hoc*. Ya se vé, el enfermo se murió, y no es regular que V. desperdicie la ocasion; porque, amigo mio, la ocasion es calva, y como dijo el otro, cuando pasan rábanos, comprarlos. Levante el grito á las estrellas, desgañitese y clame y pregone que el enfermo murió, y que ya lo dijo D. Agapito, y que la operacion ha sido perjudicial, y que cuando D. Agapito lo dijo, licencia tenia de Dios.

Pero venga V. acá, bendito. ¿Qué no hay mas que hablar á borboto-nes? ¿Cómo se atreve V. á decir que los resultados han confirmado el dictámen de D. Agapito, si el enfermo vivió cuatro dias, en lugar de las pocas horas de existencia que se le concedieron en la consulta, si se dejaba abandonado á su suerte? Es necesario, pues, inclito alumno, que V. enmiende la plana á sus maestros, y que pruebe que se han equivocado todos los catedráticos, profesores agregados y profesores clinicos, los cuales en presencia de cien discípulos dijeron, que la caida de la escara, que la rotura del tumor y la hemorragia, dentro de pocas horas pondria fin á la efimera existencia de aquel desgraciado. No ponga V., pues, en ridiculo y en contradiccion consigo mismo á D. Agapito, el cual en este punto estuvo de acuerdo con sus compañeros, y tanto lo estuvo, que ya de antemano habia mandado colocar el enfermo en un parage separado de los demas, á fin de evitarles la terrible escena de aquella inminente catástrofe. Los que saben estimar á D. Agapito en lo que vale, no permitirán que nadie le ofenda.

A pesar de todo, V. se hace de querer, amigo mio, porque esa chispa, esa travesura y esa fecundidad en recursos dialécticos, encanta y seduce blandamente. V. dijo para su capote, ahí va un pan por si pasa. Nadie puede decir que la ligadura de la arteria iliaca esterna *simpliciter* sea impracticable, y aunque puede serlo, *secundum quid*, oculta V. esta segunda parte, y con una suave inflexion me coloca V. con su maestria debajo de los discípulos adocenados. Es V. mucho hombre, y hombres como V. deberian ser de cal y canto ó de estuco para que vivieran largos siglos, para honra y prez de la madre escuela.

(Se concluirá.)

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

Beneficio de D. Teodoro Bueno.—Primera salida del contralto señor Pepoloni.

El poco interés y ninguna novedad de las últimas funciones, exigen de nuestra parte concision y brevedad, si hemos de ser oportunos en adecuar el estilo al asunto. La piececita en un acto, titulada *Pipelet y Cabrion*, ó sea *desgracias de un portero*, ha sido recibida con benevolencia por el público, como juguete dramático de un jóven, cuyo primer ensayo bien podia haber recaído sobre un argumento mas original, interesante y elevado. El autor, bajo la influencia del génio superior de Sué, ha intentado dramatizar uno de los episodios mas animados de la gran novela *Los misterios de París*; y como al parecer carecia de otras pretensiones, su trabajo ha correspondido al éxito obtenido. Los Sres. del Rio é Ibañez, (*Pipelet y Cabrion*) difundieron la animacion en las escenas mas lánguidas, sustituyendo su habilidad alli donde decaia el interés; y la Sra. García, digna consorte de Alfredo, provocó varias veces el placer de la risa á falta del entusiasmo que crea los aplausos. La banda militar ejecutó con suma afinacion y unidad el difícil *cuartetto*, *mi manca la voce*, de la ópera *Il nuovo Mossé*, y el capricho fantástico del Sr. Zerilli, añadiendo con ello un lauro mas á la reputacion de que tan justamente goza como música de regimiento.

El Sr. Francisco Pepoloni ha cantado un aria de tenor de *La Caritea* *jah! s' estinto ancor mi vuoi*, y la bellísima romanza de barítono de *Maria di Rudenz*; pero los acentos de la voz femenina del contralto no han encontrado eco en el corazón de ese ente moral, llamado público. La voz del Sr. Pepoloni es á nuestro pobre entender una especialidad, que debe tanto al arte como á la naturaleza la facilidad en subir á los tonos mas agudos del contralto de muger; mas, como voz anómala y no de pecho en toda su estension, choca al oído acostumbrado á la voz varonil de los tenores no *castratos* ó á la agudísima y esencialmente femenina de las triples. Añádese á esto, que debiendo acomodar los *cantabiles* escritos para otras cuerdas á la de su voz particular que no ha merecido la predileccion de compositor alguno, el Sr. Pepoloni se vé precisado á trasportar y apuntar las mejores piezas, desvirtuando su natural efecto y combatiendo la inspiracion veneranda del autor. Creemos que aquel artista no se espon-drá otra vez á la indiferencia del público.

El nuevo tenor D. Manuel Soler va á *debuttar* con *Hernani*. ¡Seále la critica ligera!